

¿Qué haré con Cristo?

Era la madrugada del viernes. Jesús fue conducido por una extraña mezcla de soldados y sacerdotes desde un huerto llamado Getsemaní hasta la casa de Caifás, el sumo sacerdote designado por los romanos. Tras un tiempo allí, fue trasladado ante Anás, el verdadero sumo sacerdote judío, y luego de vuelta ante Caifás. Los dos sumos sacerdotes habían decidido que este hombre debía morir, pero no tenían autoridad para hacerlo; solo el procurador romano podía condenar a muerte a un hombre. Así que lo llevaron ante Poncio Pilato. El mundo jamás habría recordado a un gobernador romano insignificante llamado Pilato de no ser por su encuentro con Jesús. Despertado de madrugada, se dio cuenta de que se trataba de una simple discusión entre los judíos. Durante su conversación y deliberaciones con Jesús, Pilato comprendió rápidamente que este hombre no había hecho nada malo, y mucho menos nada que mereciera la muerte, así que urdió un plan.

Había sido costumbre romana durante algún tiempo apaciguar a los judíos liberándoles a un preso específico durante la Pascua. «Era costumbre del gobernador, en la fiesta, soltar a un preso elegido por la multitud. En ese momento tenían un preso famoso llamado Barrabás. Cuando se reunió la multitud, Pilato les preguntó: «¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?». Porque sabía que por envidia le habían entregado a Jesús. (Mateo 27:15-18)

Sabemos muy poco sobre Barrabás. Marcos y Lucas nos cuentan que había ayudado a liderar una insurrección fallida contra el gobierno romano y que había sido culpable de asesinato. Pilato pensó que estaba apelando a la moralidad de los judíos. Sabía cuánto odiaban al gobierno romano, pero sin duda no tolerarían un asesinato. Dado que Jesús no había sido culpable de ningún delito real y apenas una semana antes

había sido muy popular al llegar a la ciudad gritando "¡Hosanna!", "¡Hosanna!", Pilato pensó que la multitud pediría su liberación. Pero para su sorpresa y consternación, gritaron: "¡Danos a Barrabás! ¡Danos a Barrabás!". La siguiente pregunta de Pilato es el foco de nuestro estudio. Con miedo, ira y confusión, preguntó: "¿Qué haré, pues, con Jesús, llamado el Cristo?".

Pilato no se dio cuenta, pero estaba haciendo una pregunta mucho más grande que él mismo, mucho más grande que su tiempo. Mientras la humanidad viva, Pilato será recordado como el hombre a través del cual se formula la pregunta central de la vida: "¿Qué haré con Jesús, llamado el Cristo?"

Fíjense en el pronombre en primera persona: ¿Qué haré con Jesús? Hay muy pocas cosas en la vida que sean ineludibles. El viejo adagio dice: «La muerte y los impuestos son lo único». No, eso no es cierto, hay muy pocas más, y Jesús es una de ellas. Durante 2000 años, ha sido el personaje central de la historia de la humanidad y, dado que Jesús está en el corazón del universo, está en el centro de la agenda de cada ser humano. La única verdad sobre Jesucristo en la que todos coinciden es esta: no puede ser ignorado. A lo largo de los siglos, los hombres le han respondido con amor, algunos con desprecio, algunos con burla, otros con desdén, algunos con asombro, algunos con negación y algunos con afecto, pero todos han respondido. La biografía de Jesús concluye con estas palabras: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».

Jesucristo sigue vivo. No es producto de la imaginación ni producto de un cuento de hadas. No es solo un hombre histórico. No es el fundador inesperado de una de las grandes religiones del mundo. Está vivo. Se siente tan a gusto aquí como en Cafarnaúm. Es el mismo ayer, hoy y siempre. Si lo

asimilamos, la pregunta que Pilato hizo hace años es tan pertinente e importante hoy como lo fue entonces.

La cuestión de si Jesús debía vivir o morir era más que una preocupación para un sanedrín judío o un procurador romano. No, la pregunta de si Jesús debe vivir o morir se responde en el corazón y la mente de cada hombre y mujer. ¿Qué harás con este Jesús llamado Cristo? Puedes observar la escena de la Crucifixión y ver las decisiones específicas en las vidas y los rostros de muchos personajes. Permítanme compartir con ustedes cuatro de esas decisiones.

1. Elige la verdad o la tradición.

La cuestión que enfrentaban el sumo sacerdote y los fariseos era si la verdad o la tradición eran ciertas. De hecho, esta cuestión era la razón principal de la existencia de la cruz. Los judíos llevaban siglos esperando un Mesías. Se había profetizado a lo largo del Antiguo Testamento. Miles de familias judías oraban a diario por la venida del Mesías, pero suponían que sería un gran genio militar y gubernamental. Buscaban un nuevo Moisés, un nuevo Josué o un nuevo David. Buscaban a alguien fuerte, un genio militar montado en un caballo blanco y un carro. Lideraría las grandes fuerzas a la conquista de los romanos. En otras palabras, buscaban lo que ellos querían, no lo que Dios había proclamado.

Así que, en la plenitud de los tiempos, llegó el Mesías, y no fue precisamente lo que esperaban. Nacido en un establo, sin aroma a realeza, sin conexiones políticas, sin pedigrí ni educación formal. Ni siquiera era judío, sino de Galilea. Sus amigos más cercanos olían a pescado y frecuentaba a recaudadores de impuestos y prostitutas. Las masas lo amaban. Lo amaban porque él los amaba y porque decía verdades sencillas. Él era la verdad, pero los que mandaban esperaban la tradición. Alterar la tradición es siempre cortejar la cruz.

En Mateo 15, al comienzo de ese capítulo, Jesús condenó la pequeña tradición que habían establecido para que los judíos descuidaran el cuidado de sus padres al comprometer sus bienes al templo. Concluyendo en el versículo 6 con comentarios mordaces: «Con vuestras mezquinas tradiciones habéis invalidado la palabra de Dios». En Mateo 23, llamó a los principales sacerdotes y fariseos «sepulcros blanqueados: por fuera están todos pintados, pero por dentro están llenos de huesos de muertos».

Verdad o tradición, es una cuestión atemporal, una elección atemporal. Los fariseos buscaban lo que querían, no lo que Dios proclamaba, y muchos de nosotros también. A lo largo de los siglos, denominaciones, sectas, cultos, grupos y sus líderes han pintado imágenes de Jesús que se parecen poco al verdadero Hijo de Dios. Durante ese mismo período, millones de personas que nunca habían leído la Biblia decían: «Bueno, mi idea de Dios es...» o «Siempre he pensado en Jesús como...». Simplemente otra forma de priorizar la tradición sobre la verdad. Escúchenme. Dios no honra la percepción. Si lo hiciera, los fariseos no habrían tenido problema. Lo que Dios honra es la verdad.

¿Qué harás con el verdadero Jesús? ¿Lo convertirás en lo que quieres que sea? ¿O moldearás tu vida a su imagen?

2. ¿La elección entre Cristo o la multitud?

Esta fue la decisión específica que enfrentó Pedro. Es irónico que la crucifixión de Jesús fuera impulsada por una multitud enfurecida, una turba descontrolada. Es irónico porque, a lo largo de su ministerio, Jesús fue muy popular entre las multitudes. El gran Sermón del Monte... la razón por la que estaba en una montaña era porque necesitaba ese anfiteatro para poder proclamar su mensaje a una multitud tan grande (Mateo 5-7). Jesús tomó un puñado de comida y alimentó a

5000 hombres, además de mujeres y niños (Mateo 14). Zaqueo se subió a un árbol porque no podía ver; la multitud era demasiado grande (Lucas). Apenas siete días antes, cuando llegó a Jerusalén, colocaban hojas de palma en su camino, gritando "¡Hosanna al Hijo de Dios!". De hecho, fue gracias a la multitud que Jesús vivió tanto tiempo.

Aproximadamente a dos tercios de su ministerio, «los fariseos se decían unos a otros: '¡Miren, esto no nos lleva a ninguna parte! ¡Miren, todo el mundo se ha ido tras él!'» (Juan 12:19). Muchas veces en los evangelios, las multitudes estaban listas para coronarlo rey. Pero Jesús nunca será coronado por una multitud. Él es entronizado o destronado en el corazón de cada individuo.

¿Recuerdas cómo Pedro siguió a Jesús a distancia tras su arresto? Se quedó junto a una fogata calentándose y en tres ocasiones negó conocer al Señor. ¿Por qué? Es una pregunta tonta, ¿verdad? No hace falta ser un genio para darse cuenta. No era la postura políticamente correcta en ese momento. Bien podría haber habido una cuarta cruz en ese monte llamado Calvario. Como mínimo, habría provocado una paliza brutal, ¿Cristo o la multitud? Pedro se llevó a la multitud.

Después de la Resurrección, después de que Jesús lo viera cara a cara y le dijera cuánto lo amaba, después de que Jesús lo perdonara, después de Pentecostés siete semanas después, después de la venida del Espíritu Santo y después de la venida de su iglesia, ese mismo Pedro es una fuerza tan poderosa para el cristianismo que es llamado ante esos mismos líderes. Lo amenazan con su vida y le preguntan: «Pedro, ¿qué vas a hacer?». En resumen, vuelve a tener la misma pregunta: ¿Cristo o la multitud? Hay que reconocer que esta vez Pedro los mira directamente a los ojos y, si me permiten la paráfrasis, dice: «Me quedo con Cristo, gracias». (Hechos 4-5)

Todos los días te enfrentas a la misma pregunta, y yo también. La gente es muy voluble. Decimos que Estados Unidos es una nación cristiana. Eso no implica que la mayoría de los estadounidenses hayan sido cristianos alguna vez, pero la ética judeocristiana era todo lo que este país representaba, admiraba y valoraba. Hoy, francamente, ser cristiano se considera generalmente poco atractivo, ignorante y políticamente incorrecto. Prácticamente lo único que nuestra sociedad tolera es a alguien que cree que existe la verdad absoluta. Es totalmente inaceptable que alguien se levante y diga: "Estoy de acuerdo con Jesús en que él es el camino, la verdad y la vida. No, no se llega al cielo de otra manera, solo por él". ¿Y tú? ¿Eres sal y luz para un mundo moribundo? ¿O eliges, como Pedro, quedarte junto a tu propia fogata, con miedo y sin ser notado?

3. *¿Conciencia o César?*

Pilato sabía que este hombre era inocente, sin duda inocente de cualquier delito que ameritara la ejecución. Así que, ante las acusaciones de traición, Pilato lo llamó adentro y le preguntó a Jesús: "¿Eres rey?". Jesús lo miró con calma y dijo: "Bien dicho, pero mi reino no es de este mundo". Tras la conversación, Pilato supo que Jesús no era un rebelde. No era un insurgente ni un fanático. Se preguntó por qué este hombre se presentaba ante él.

Mateo nos da una nota entre paréntesis al registrar: «Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió este mensaje: 'No tengas nada que ver con ese inocente, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa'» (Mateo 26:19). Así que Pilato tomó la decisión, la decisión inicial de liberarlo. Al ver cómo los judíos se desarrollaba esa decisión y cómo su complot se frustraba, el apóstol Juan registra su respuesta. «Desde entonces, Pilato intentó liberar a Jesús, pero los judíos seguían gritando: «Si sueltas a este hombre, no eres amigo del César».

"Cualquiera que diga ser rey se opone al César." (Juan 19:12)
¡BAM! ¿Sabes lo que dice eso?

¿Era? Ese fue el sonido de la puerta cerrándose sobre Jesús.
Ese fue el sonido del golpe decisivo.

Durante más de un cuarto de siglo, Judea se había convertido en un campo de pruebas para el futuro liderazgo en Roma. Como dice la vieja canción: «Si triunfas allí, triunfas en cualquier lugar». Si un procurador romano lograba permanecer allí tres o cuatro años, apaciguar a los judíos y mantener la calma, regresaba a Roma para un ascenso político. Si no, simplemente se perdía en el olvido. Cuando Pilato oyó esas palabras: «Si eres amigo de este hombre, no eres amigo del César».

Inmediatamente imaginó que César corría la voz de que Pilato se oponía a un grupo escindido del judaísmo, que estaba provocando una insurrección; tal vez causaría muchos problemas. Pilato dijo: «¿Qué prefieres, la conciencia o el César?». Eligió al César.

Tenemos la misma opción. Nuestro César es ese poder, autoridad o influencia, cuya aprobación creemos necesitar con tanta desesperación. Quizás sea tu jefe en el trabajo quien, con el aumento y el ascenso en una mano, y la carta de despido en la otra, te pide que comprometas tu integridad. Es la persona importante cuyo favor creemos que debemos tener, y millones de veces al día se compromete la integridad, se diluye la convicción y, a veces, se valora el bolsillo. Se sirve al César y se crucifica a Cristo.

4. Sumisión o yo.

Veamos un personaje más en el drama de la crucifixión, un hombre llamado Judas Iscariote. Creo que en su corazón se encuentra la lucha y la decisión fundamentales de la vida.

Estoy convencido de que mucha gente tiene una idea totalmente errónea de quién es Judas. La mayoría lo imaginamos total y constantemente como un villano diabólico que usaba un sombrero negro, se cubría el rostro con una capa, se escondía en las sombras y era simplemente la personificación del mal toda su vida. No creo que sea cierto. Creo que cuando Jesús salió a buscar a 12 hombres, 12 apóstoles, escogió a los mejores hombres que pudo encontrar y Judas fue uno de ellos. Educado y judío, probablemente era el más calificado y mejor preparado de los 12. No, el destino y la reputación de Judas fueron el resultado de una decisión equivocada en la lucha eterna, la elección de la soberanía, la elección sobre quién gobierna. Dios o uno mismo.

Con el paso del tiempo, Judas se convirtió en testigo impactante del resultado de sus actos. Al escuchar los aullidos furiosos de esta turba linchadora, su corazón se rompe. No creo que haya negociado con la cruz. Así que, mientras Jesús era conducido a la colina, presa del pánico, intentó deshacer el trato devolviendo el dinero ensangrentado. Corrió y lo arrojó a los pies de los principales sacerdotes. En su hipocresía, quienes lo pagaron no lo aceptaron. Afligido por una conciencia herida, erróneamente intentó deshacer el hecho recurriendo a la horca.

Dime, ¿te has parado a pensar alguna vez si Judas no podía vivir sin Cristo, por qué no eligió vivir para él? La respuesta es sencilla. No tenía intención de vivir sin Jesús. Quería tomarlo, pero no demasiado en serio. Quería quedarse con Jesús y no perder nada, de hecho, incluso ganar 30 monedas de plata. Estaba dispuesto a seguir a Jesús, pero en sus propios términos, con condiciones. Quería ese punto medio. Judas buscó aferrarse a Cristo con una mano y a 30 monedas de plata con la otra. Esa elección sigue ahí. ¿Dios o sí mismo? Uno de ellos tiene que ser crucificado.

Pablo expresó lo que constituye la esencia misma de todo el mensaje del evangelio: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2:20). Puedes confesar y bautizarte, pero hasta que no tomes la decisión en tu corazón de crucificarte a ti mismo y dejar que Cristo reine, no conocerás el gozo ni el fruto del cristianismo.

¿Sabes quiénes son las personas más miserables del mundo? De niño, siempre me decían que eran los pecadores, los que vivían una vida lasciva, de fiesta y pasándola bien. Pero no son las personas más miserables del mundo. No me malinterpretes. Con el tiempo, lo que hacen los alcanzará. Es una vida vacía que lleva al vacío. Lleva al rechazo total y al abatimiento. Pero no son las personas más miserables del mundo. Las personas más miserables del mundo son las que, como Judas, se mantienen en ese punto medio e intentan aferrarse a la cruz con una mano y al mundo con la otra. Al cruzar esa línea divisoria, que nadie puede cruzar, se desgarran constantemente por dentro. Sumisión o egocentrismo, eso es lo que tienes que responder cuando te enfrentas a la pregunta: ¿qué haré con Jesús, llamado el Cristo?

¿No es asombroso? Pilato hizo esa pregunta hace casi 2000 años y, sin embargo, aún resuena a través de los años. Las opciones básicas: verdad o tradición, Cristo o la multitud, conciencia o César, sumisión o yo, siguen ahí. ¿Cuál es tu decisión? ¿Qué harás con este Jesús llamado el Cristo?

Lamentablemente, cuando la multitud escuchó esa pregunta, bajo el liderazgo de los principales sacerdotes y los fariseos, comenzaron a corear: "¡Crucifícalo, crucifícalo, crucifícalo!". Espero que tu respuesta sea diferente. Jesús dijo en Mateo 10:32: "A cualquiera que me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante del Padre". En Marcos 16:16

dijo: "El que crea y sea bautizado será salvo; el que no crea, será condenado".

Hoy, esa pregunta tan importante está ante ti: "¿Qué harás con Jesús, llamado el Cristo?". Si nunca has respondido a eso en un sentido amplio, si nunca has dicho: "Sé que es el Hijo de Dios, lo confieso, lo confeso ahora mismo, entonces ahora es el momento. Quiero ser bautizado, enterrando simbólicamente mi viejo ser pecaminoso en una tumba de agua para resucitar y vivir una nueva vida". Espero que tu respuesta no sea como la de la multitud, diciendo: "Crucifícalo de nuevo".

"Crucifícalo de nuevo."

Quienes han entregado su vida a Cristo, ¿podrían examinar esas cuatro decisiones básicas que se encierran en esa pregunta? ¿Podrían examinar profundamente su corazón y preguntarse: estoy representando al Jesús que quiero o estoy siguiendo la verdad? ¿Realmente estoy escuchando el canto de sirena de la multitud o me mantengo firme en un mundo moribundo que necesita a alguien que se mantenga firme? Pregúntense: ¿Me guía mi conciencia o me estoy inclinando ante algún César en algún lugar? Finalmente, ¿me he rendido a él? ¿O realmente están tomando sus propias decisiones? Alguna vez fueron fieles en Cristo, pero ahora necesitan renovar su compromiso, pedirle a Dios que los perdone una vez más como él está dispuesto a hacerlo y recibir la fuerza de esa cruz para levantarse y caminar de nuevo con su verdadero ser. Entonces hoy es el día para ese compromiso. No lo demoren. Hoy es el día para la salvación. Amazing Grace #1277 Steve Flatt, 25 de agosto de 1996